



Y ese
Tropel
de Luces

Víctor Salazar

Fondo Editorial El Carite
Isla de Coche - Nueva Esparta

FONDO EDITORIAL EL CARITE

**ISLA DE COCHE
NUEVA ESPARTA
VENEZUELA**

ESTE LIBRO HA SIDO PUBLICADO BAJO LOS AUSPICIOS DE LA
ALCALDÍA DEL MUNICIPIO VILLALBA
ISLA DE COCHE
ESTADO NUEVA ESPARTA
ALCALDE
PROF. JOSÉ MARÍA FERMÍN
CONCEJALES
PLUTARCO GONZÁLEZ
ANDRÉS MARCANO
PROF. FELIPE MÉNDEZ QUIJADA
LIC. JOEL GONZÁLEZ BERMÚDEZ
DR. IGNACIO SILVA

FONDO EDITORIAL EL CARITE
DIRECTOR
LIC. LUIS EMILIO ROMERO P.

© *Fondo Editorial El Carite*. 1998
Composición de textos: Utopolibris
Portada: Fidel Flores
Corrección de pruebas: Chevige Guayke
Edición al cuidado de: Fidel Flores
Impreso en Venezuela por Impresos Omar
Printed in Venezuela

Víctor Salazar

Y ESE TROPEL DE LUCES

Víctor Salazar
Dibujo carboncillo por Wilman Guerra
Propiedad de: Luis E. Romero
Reproducción fotográfica: Guberlín Rojas

LA POESÍA DE VÍCTOR SALAZAR Y LA ISLA DE COCHE

*“Vengo a dejar mi red, mi juventud deshabitada,
el nombre en cuya geografía se abrió
la noche de las interrogantes”*

Víctor Salazar

Por los filamentos del cerro, entre las piedras ocre de los viejos y sutiles caminos de El Piache, las fechas se hacen lentas y es otro tiempo el que discurre tras corrales. Cerca de ese santuario, antiguo escollo de mar, la niñez interrogó distancias y fue construyendo su mítica imaginación anegada de azules. Se dice que Víctor Salazar nació a la poesía en la Isla de Coche. Seguramente habrá que tomar como referencia los primigenios lugares y personajes de la frecuencia infantil del poeta; sus acercamientos a la palabra a través de las iniciales lecturas de poesía en el improvisado salón de primer grado, donde la maestra Chepina de Salazar seguía sus primeras letras.

Aquí comenzó su acto de fe en la poesía. En su obra se trasluce esa resonancia que se le quedó en el alma y se fueron asentando las aguas de la vida que lo eligió. Su voz es un rumor que rebota en las galerías de los amplios corredores de sus casas familiares. En la inmensa casa llamada de Victoria Fernández, su abuela materna, existió una de las bodegas más grandes de la Isla de Coche en ese tiempo. A las faldas de la Piedra de El Piache, aún existe esa casa larga, de mediagua con altísimas puertas. Su libro *Cartas de la Calle Victoria*, publicado por la Universidad del Zulia en 1967, revela entre lectura la memoria que parece mudar de piel en los objetos familiares por los que, ontológicamente, transita el ser del poeta. La pequeña calle de esa niñez, frecuentada por la gente del pueblo en sus compras domésticas, era llamada Calle Victoria no sólo por la referencia del mercado familiar, la atención de la

Señora Victoria, sino por lo amplio de la casa en el pequeño escollo del vecindario. En la hermosa plaquette *Rebelde y cotidiano* publicada por el Ministerio de Educación (Cuadernos de la Joven Poesía, 1969), leemos: “*Toda mi sangre quedó allí/ Bajo una casa derrumbada entre los corredores de la infancia/ en una calle por la que a veces intento aproximarte*”. Elena Vera recoge, en un interesante ensayo sobre su obra, el tono por la autodestrucción, donde la desintegración del ser en el tiempo es el gran tema de su poesía, avvicinándola al tono de ciertos poemas de Ramos Sucre y al Pablo Neruda de *Crepusculario*.

El exilio interior, frecuentemente señalado como una constante de su estado de ánimo, aparece en correspondencia con lo que Mallarmé llamaba la poesía consagrada como gran aventura interior, nutrida de espacios para la memoria haciéndose, frecuentada por recuerdos del pasado, en transformación constante.

En su poesía, la conciencia es un delgado artificio que va poblando el poema como un huésped desterrado, detenido en lo fugaz que suele ser lo que permanece. La aridez, más que un elemento paisajístico referencial de la Isla, aparece como un sentimiento donde se hunde su sed de acantilados, su nostalgia errabunda de puertos. Víctor Salazar deja en pie su poesía como trasunto de una sensibilidad donde lo cotidiano suele arrastrar gestos comunes hasta la efímera arena de las costumbres, y sepulta en el ser sus propios hábitos.

Para el Fondo Editorial “El Carite”, de la Alcaldía de Villalba, Isla de Coche, es motivo de orgullo iniciar una serie de publicaciones con *Y ese tropel de luces* del poeta Víctor Salazar e institucionalizar un Concurso de Poesía en su honor para perpetuar su voz, su verso por el que transcurre la remezón de la memoria que nos pronuncia, este suelo de sequías y virazones, el de la primera piel, la poesía...

Luis Emilio Romero Patiño
San Pedro de Coche, junio, 1998.

*Coche es la zozobra en que naciste,
Coche es un pedacito de tu alma,
Coche soy yo para teñir de azules el recuerdo.*

La sonrisa es buscarle postigos al insomnio

Víctor Salazar
El Nacional, 1980.

I

tú haces maldades y te encierras y oyes decir que ha de venir el hombre del mapire y que la muerte de los primeros barcos sucedió cuando no habías nacido y no sabías que un viento venido del oeste incendiaria los matorrales y la casa y los pequeños ríos (y ese montón de cartas al fondo del viejo escaparate), y tú llorabas, tú sabías que por entre los cerros llegaría la noticia de que la abuela ha muerto y de que Leandro ha muerto y de que nadie sino tú podía llegarse hasta la playa y detenerse ante las rancherías, y Leandro estaba ahí, Leandro corría de un sitio a otro de la playa, Leandro te hablaba de cuando comenzaran a caer los primeros luceros y la tierra se pusiera amarilla y por arriba, por los lados del Piache, alguien bajara solo, y tu lloraras, tú te pusieras a contar luceros y Leandro se durmió, y ahora la gente dice que a Leandro lo mataron, y Leandro sigue ahí, Leandro se asoma y cuenta que la muerte de los primeros barcos sucedió cuando no habías nacido y no sabías que un viento venido del oeste incendiaria los matorrales y la casa y los pequeños ríos.

y era cierto que nadie sino tú podía decirme que la ciudad se hacía más desolada, más deshumanizada en su manera diaria de anunciarnos la próxima parada, y que el hijo mío que no nació, que no ha nacido y ella –mucho tiempo después llegaste tú– sabía que la ciudad no era este sitio ajeno a nuestra forma de llamarnos y repetir que todavía es posible la ternura, y alguien andaba por ahí, por las esquinas, y al amor lo golpeaban, al amor le destruían los papagayos los trespuños y mi padre nos dijo que una vez incendiaron la casa y comenzaron a morir los turpiales y no supo más de las mujeres que tejían sus historias hacia el atardecer y tú no estabas no habías llegado aún para decirme que la ciudad era triste y se perdía por entre los prostíbulos por entre las noticias y eras tú quien decía que la ciudad podía volverse lejana, solitaria, y alguien contó de cuando los días se fueron haciendo intransitables.

yo era apenas un soplo, un poco de mi sangre hacia ninguna parte, y tú llegaste, tú comenzaste a descifrar mi nombre, y abril jugaba a picotear los pájaros, a huirse de sí mismo, y cada día era diferente, cada día los asesinos llegaban y aguardaban y tú sabías que estaban en un lugar cualquiera de la noche, eran ciertas las manos, eran ciertos los rostros y palabras alrededor de la tristeza, era cierto también que la noticia de tu nombre andaba por allí, como escondida, como cuidándose de que no la asaltaran, y te llamaban (ahora lo recuerdo) manera mía de padecerte aguardarte.

fue por allá, por los lados del Piache, por junto a las tres cruces y ese día te dijeron que la abuela había muerto y desde entonces es ese deambular por los alrededores y eso pasó cuando tenías apenas siete años y Leandro se acercaba a la bodega y tú sabías que Leandro estaba loco y que la noche se metía por los cerros y no podías dormir porque decían que la llorona estaba cerca y llegaría y te agarraría y afuera era esa luz y ese tropel de luces que jamás entendiste.

venía de afuera te dijeron que venía de afuera y tú lo viste lo tocaste y un día después lo sepultaron y ahora es una cruz lo que tu tocas y se murió de ahogado, de purito ahogado que lo hallaron se murió y lo tocas lo vuelves a tocar y te santiguas te haces el que no ha visto nada y ahí mismo tú repites que venía de afuera y que de puro ahogado que lo hallaron se murió, y alguien diría que eso fue ayer y eso fue cuando el pueblo comenzó a quedar solo y tú supiste que un golpe de agua destrozó la falúa que estaba ahí mismito, en el costado del cayuco.

venían por la salina, eso era cierto, venían por la salina, y lo apedrearon, ay, le echaron sal y lo cortaron, ay, y eso no se necesitaba ni de urna porque abrieron un hueco y lo enterraron y ya salía la luna, a la media tarde y a la media noche ya salía, y no juegue, cerraron la salina, y viva gómez, y eso no era aquí nada más, eso era en todas partes.

no te asustes no te vayas por ahí, por los alrededores de la plaza y digas que la llorona sale y que los muertos salen y que después, a cada rato, comienza a oscurecerse y tú estás solo tú estás en medio del primer aguacero que destrozó las tres embarcaciones y te hundes te llenas de pantano y te recuerdas, tú te anochece en el primer momento y eres triste, eres muy triste en el instante en que los barcos zarpan, y te hundes, una y otra vez te hundes te llenas de pantano y todavía persisten los adioses, y andaban por allí por junto al viejo faro y tú llorabas tú te ponías a desatar las redes, y era lunes y te golpearon, ay, te hicieron preso y oyes gritos, tú oyes los gritos que salen del cuarto de tortura y te golpearon, ay, te cerraron la puerta y afuera una dos tres cuatro patrullas, y el policía de guardia tiene los ojos de asesino, y tú lo miras, por la hendijita de la puerta tú lo miras, y te golpearon, ay, te encerraron en ese calabozo y te golpearon.

era de noche, sabias que era de noche porque empezaron a encender las luces y la gente comenzó a contar cuentos y tú te detenías frente a las lámparas de kerosén y tú sabias que vendrían a buscarte y que te llevarían hacia otro pueblo y pocos días después era esa lancha y ese poco de mar que te asustaba y tú quisiste regresar y conversar con Leandro y bajar a la playa y aprenderte los nombres que les ponían a las embarcaciones y era todos los días que tú bajabas a la playa y te parabas delante de las redes y mirabas a Leandro,

y otra vez esa lancha, otra vez ese poco de mar, y te santiguas, te metes en la casa, y ya no sales.

II

Yo aprendí a estar en ti cuando me regalaste la muñeca
y te llegaste a la pensión y me dijiste que venias de la noche
[y de los barcos
de la más honda soledad dijiste que venias.

Estás ahí cerquita de la casa cerquita de mis manos
y no puedo alcanzarte no puedo repetirme te amo y en la
[noche
recorreré tu cuerpo y dormiré contigo y te diré ternura
manantial y ternura te diré y nos amaremos
desde tú y yo y los hijos y nosotros
desde la misma piel nos amaremos.

No te vayas, ay, no te vayas, y empiezas a dolerme
a pronunciar distancias a dolerme.

III

No estás en ese instante en que te llamo, y vuelvo sobre mí
[sobre mi sangre
y apenas hace ya no sé cuántas noches que te busco
y tú no llegas no rescatas el nombre y se hace tarde.
Sobre los días y sobre las palabras se hace tarde.

Fue hacia el atardecer, hacia la noche, y la tristeza se metía
por los puentes, por las ventanas y las puertas se metía
la tristeza
y recogías lloviznas, eso es, tu recogías lloviznas y te ibas
y en el pueblo se supo que te llamabas pájaro
llovizna y soledad se supo que te llamabas en el pueblo.

Yo amo de ti lo absurdo
lo imposible
lo que está más allá de todo lo borrrable.

Era tu nombre,
la cercanía distante de tus manos
y yo no estaba en ti para decirte del amor y de las sombras
que a diario se repiten.

Yo narro aquí la historia de los primeros nombres y la historia de todas las historias y digo que te amo y que una vez –hace ya mucho tiempo– destruyeron la casa de la infancia, y hay que irse, descender a los muelles y decirte que a mi país lo pisotean y por allá por entre las noticias y los nombres vendidos a la muerte yo digo que te amo y que la muerte duele y que los días atados a la noche y a los momentos de la noche duelen y eres viento, nostalgia y soledad tú eres y a mi país lo entregan y hay que irse, descender a los muelles y llorarse.

Déjame ahora decir que te llamabas viento
y que los días se hicieron en tu nombre.

Tú continúas ahí tú miras con tus ojos de trompo y cada vez más cerca, cada vez más, y de la tierra comenzó a salir humo, y hay que irse, abandonar tu cuerpo, ese recuerdo tuyo que aparece, y una noche cualquiera Leandro tendrá necesidad de poseerte y será horrible, con el recuerdo tuyo, con tu solo recuerdo será horrible.

Se llevará el recuerdo, escapará hasta donde nadie sepa que te llamas y entregarás tu cuerpo y cada vez más lejos, cada vez más distante de ti misma y serás miedo, zozobra y miedo serás en ese instante en que los barcos zarpen, y vendrás tú a llorar sobre la muerte de las primeras lluvias y uno cualquiera de nosotros dirá que alrededor de la tristeza no hay nada sino la soledad, los nombres que descenden, y Leandro estará lejos, Leandro dirá de cuando las palabras deshicieron la tarde y tú no estabas.

Leandro dirá que te llamabas viento y soledad, tristeza.

Nos quedamos solitos, sí, nos quedamos solitos y mi padre contó que te habías ido, y yo me dije que nunca más me acercaría hasta el dancing y tocaría tus senos y dormiría contigo y afuera eran los barcos y la gente que hablaba de viejos contrabandos y te amo no te dejaré nunca, y un día mi padre contó que te habías ido y el dancing quedó solo y desde entonces es ese caminar hacia ninguna parte y proponer recuerdos

ALICEC

la oscuridad que lo destruye todo y adonde nadie llega. Tú eres distinta, en cambio. Amas la hierba y sin saberlo, te adueñas de los pájaros, de los jardines donde el anochecer limpia sus lágrimas.

Alguien quiso decirme que habías muerto, y te encontré de pronto en mis palabras, junto a viejas postales y recuerdos. Muy pocos saben, en verdad, que alrededor de ti la tierra apaga su lamento.

Por eso el viento. El otro, el que se trepa a los trespuños, pasa sobre tu sombra.

pero no entienden que sobrevivo en ti, que estás en el silencio, en la palabra. En las historias que todavía persisten y te aguardan.

Alguien quiso decirme que habías muerto, y rescaté de pronto tu sonrisa. La que crecía en la noche. La que paseaba por los parques y hablaba con las nubes. La que se hizo con lluvia. Con relámpagos. Con ardorosos mediodías.

Tu sabes, hoy aprendí a encontrarte en mis palabras, a hurgar en tus cabellos, a descubrir que la remota aldea de las alondras está cerca.

3

Estás en mí y estás en todas partes, pero es en mi donde te

[reconozco,

donde asalto tus manos y te busco,

donde acudo a tu sombra,

hacia los días que compartimos juntos, hacia todos los días

[que se repiten.

Estás en mí y estás en todas partes,

pero es en mi dónde asomo mis gestos y encuentro que son

[tuyos.

Al menos los de antes. Los que llegaban a la noche y recorrían tu cuerpo.

Los que hablaban de ti como una presencia

[inevitable.

Como un río distinto a los que conociste hace ya mucho
[tiempo,
cuando las nubes alargaron su condición oscura.
y tú llegaste.

4

Vacío de soledad, de todas las cosas que tú nombras.
Abandonado por lo que no dijimos.
Como si siempre hubieran existido los habitantes de una
[tristeza
que se extravió hacia adentro
Abandonados por lo que no dijimos
y no vemos,
y aquí sólo un fantasma,
nombres ahogados por el tiempo,
todo lo que contiene el sobresalto,
las difusas aldeas donde tu imagen huye
y se prolonga
–Más de una vez, atados al asombro ya la palabra soledad
[nos encontramos–
Era el tiempo de huir hacia nosotros mismos. Posesionados
[de la sed,
pero anegados en nuestra propia forma de llamarnos. Jamás
[hacia la noche.
Hacia los días deshabitados,
hacia lo que concluye y recomienza en los lugares
cegados para siempre.

5

Tienen algo de ti las cosas que regresan a la infancia.
Las redes, por ejemplo.
Los adioses que se hunden en el puerto
y aproximan tu ausencia.

6

Ahora no estás. No están tus manos, ni tu voz, ni tus ojos, y está el mar, la soledad que busca parecerse a los árboles, y el miedo, la compañía de nadie en esta hora en que te llamo y reconstruyo sitios, imágenes perdidas, ¿quién eres?, y no hay nada, nada sino ese viento llameante de las islas, y tu rostro –permanente y huidizo– y nuestra sangre, la tempestad que nos separa y nos reúne, y los recuerdos, la noche que desvía las fronteras y te aguarda, paso mío que desciende y recupera insomnios, ¿quién eres tú, quién eres?
Palabras, no hay palabras,
el mar es sólo un nombre,
y cae
no se ve más.

7

No estás, no estás y bruscamente
soy tu cuerpo desnudo,
soy mi país sin hijos,
soy tu sangre aplacada que conozco,
pero ¿cómo te llamas,
cómo aprendes que todo lo pasado se detiene en nosotros?

Has debido llegar con los primeros vientos,
con los primeros aguaceros,
y te mueres
(yo muchacho descalzo escribiré tu nombre,
incesante y descalzo escribiré tu nombre hacia los bosques).

**UNA MIRADA INSOMNE DEAMBULA
POR TU CUERPO**

1

sólo tú me conoces y me habitas.
Tú que con toda seguridad has podido suscitar el amor.
Tú,
como todas las criaturas surgidas del enigma.

2

Mujer mía que concurre a mi sangre y me define.
Tú eres lo único que danza en esta realidad.
Tú me sostienes y me afirmas porque sabes que en ti
se reconoce la única respuesta para el sueño.

3

Han cesado las luces.
Y el sueño es este fuego que aparece.

4

Ahora que la tarde ha caído
y que tú corres ansiosa de un lado a otro de la playa,
grito para tratar de mantener tu desnudez.

5

Mujer nacida de la necesidad más pura del delirio.
Grito mío arrebatado por la furia de todos los océanos.
Una mirada insomne deambula por tu cuerpo,
y yo la toco,
yo la hago mía para que seas el mundo que pueda atravesar
[se desde siempre.

6

Tu voz, entre todas las voces, me acompaña.
Dame tus ojos, ay, quiero llorarlos.

7

Toda la infancia en ese bosque sumergido en tu cuerpo
Cuerpo tuyo, mujer, donde me reconozco.
Cuerpo tuyo, por fin donde yo sé que existes
y unos barcos más grandes que la noche cortan el horizonte.

8

Una mujer comenzará por desnudarse.
y el mar estará allá.
y la noche para siempre estará.

9

No es la vieja inquietud.
No es el mar con sus rocas prestadas a la noche.
nada para la soledad donde me reconoces.
Nada.

10

Polvo para siempre en la noche surgida de tu cuerpo.
Fuego para que vea mejor la oscuridad que lo atraviesa.

11

¡Serás, muerte, la última conjunción de tanto cielo!

Esta edición de Y ESE TROPEL DE LUCES
de Víctor Salazar, se terminó de imprimir en
octubre del Año del Señor de 1998,
Mes de San Rafael Arcángel,
Centenario del Natalicio del insigne
Compositor Cochense don Rafael González,
en los talleres litográficos de
Impresos Omar, Caracas, D. F.
Para su composición se utilizaron los tipos
New Roman de 10, 11, y 18 puntos.
El texto fue impreso en pliegos
Tamcremy de 55 grs, y
para las tapas se usó Glasé de
230 grs. La edición
consta de 1000 ejemplares.

Víctor Salazar (1940-1983). Nació el 23 de abril en Barcelona (Estado Anzoátegui). Poeta y crítico. Hizo su escuela primaria en la Isla de Coche. Estudió secundaria en los liceos “Vargas” y “Chávez” de Maiquetía y Cabimas respectivamente. También estudió Comercio (Academia Simón Bolívar, Maiquetía) y teatro (Academia Juana Sujo, Caracas). Colaboró en *La Esfera* (1960-1966), *El Universal* (1960-1968), *El Nacional*, donde aparecían esporádicamente sus escritos, en las columnas. *Socaire e Itinerarios*, *Revista Nacional de Cultura*, *Tricolor*, *Imagen*, *Poesía de Venezuela*, *Espiral* (Bogotá), *Barrilete* (Buenos Aires). Obtuvo varios premios literarios: Premio Interamericano de Poesía, 1971. Primer Premio en el Tercer Concurso Literario de la Universidad del Zulia (1964), entre otros. Publicó: *Piragua* (1960); *Sequía de las palabras* (1961); *Semejante al principio* (1965); *Cartas de la Calle Victoria* (1967); *El desterrado* (1967); *Una elegía para Rosalba* (1967); *Rebelde y cotidiano* (1969); *Y ese tropel de luces*, primera edición (1973). Con *Yira* gana el Concurso de Cuentos “Gabriela Mistral”, Ciudad Bolívar, 1978. En 1981, como homenaje al Libertador en el sesquicentenario de su muerte, se publica el hermoso poema “Tengo algo que decir desde este río, Bolívar”. *Travesía* fue su último aliento vital. Dejó inconclusa una novela: *Los papeles de Leandro*. Murió en Cabimas, al decir del poeta Francisco Gutiérrez: “por esos senderos espectrales”.

En 1995 el Fondo Editorial del Caribe, de Barcelona, Anzoátegui, publica como un homenaje de sus amigos, una muestra importantísima de su poesía. En el prólogo de esa hermosa publicación, Gustavo Pereira –su hermano de siempre–, anota: “con *Piragua*, su primer brote de iniciación política en los años sesenta, Víctor ostenta inclinaciones serias para el ejercicio de la poesía”. Luego del libro *Sequía de las palabras*, agrega: “su más reciente poemario denota un estilo, manifiesta seguro lenguaje en esta etapa en la que, al parecer, tiende a desnudar el verso de innecesarios adornos, y da paso a otra plenitud”. Fidel Flores, en ocasión de la misma edición indica: “Desde *Piragua* a *Y ese tropel de luces*, Víctor consolida su tránsito creador, quizás el de un solo libro, donde más allá de las obsesiones del poeta, sobreviven los fantasmas que le acosan”.

Y ese tropel de luces, está recorrido por el acento confidencial que caracteriza buena parte de su obra, la palabra que parece ascender hasta un altar donde la soledad y el desarraigo fundan un lugar para hacerse sentir. Así, como tú mismo dijiste: “necesitamos caminar con la palabra entre las manos”.

TEXTO DIGITALIZADO PARA USO ACADÉMICO Y EDUCATIVO, SIN FINES DE LUCRO.

Transcripción, corrección, diseño y diagramación:

Licdo. Frank Omar Tabasca

frank_otl@hotmail.com

La Asunción, estado Nueva Esparta

Septiembre de 2023